

# PLUMA y LAPIZ



NÚM. 98



# VIUDAS SOSPECHOSAS

(ESTUDIO SOCIAL)



No hay población de España que cuente con mayor número de viudas que Madrid, y no porque las falte marido, si es cierto lo dicho por el gran Michelet de que *matrimonio es consentimiento*, pues en este caso les sobra, sino porque carecen de ese perpetuo compañero que los hombres de ley llaman legítimo esposo.

La primera vez que yo visité la antigua villa y corte, después de muchos años de ausencia, quedé á la verdad sorprendido del gran número de mujeres enlutadas que hallaba por todas partes, pero muy especialmente en los teatros, en los paseos, en los circos, en la plaza de toros, en todos los lugares, en fin, de más recreo ó mayor bullicio, lo cual me parecía un contrasentido.

Tanto me admiré que á un antiguo y querido amigo mío, hijo y vecino de la capital, le hice partícipe de esta observación, que llegó á preocuparme en grado sumo.

—¿Has leído á César Cantú?—me preguntó.

—Sí,—le respondí.

—Pues recordarás que el gran historiador italiano dice, al hablar de las Cruzadas, que San Bernardo «llenó el mundo de viudas cuyos maridos existían».

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que estas viudas, que tanto te preocupan, son las descendientes, ya que no las hermanas de aquéllas; y ese traje de luto con que se cubren, un engañoso disfraz.

—¿Un disfraz?

—He dicho que engañoso, y añado, que lucrativo.

—No te entiendo.

—Escúchame y me comprenderás. Hace algún tiempo que yo, admirado como tú del gran número de mujeres enlutadas que por todas partes veía, sin que Madrid hubiese sufrido epidemia alguna que preferen-

temente se hubiese llevado á los hombres, me decidí á aclarar este misterio que bien pronto dejó de serlo para mí.

La primera viuda ó mujer enlutada con quien me tropecé y á la que seguí, era una mujer joven, hermosa y elegante.

Con esa doble vista que poseen ciertos individuos, notó que era seguida y comenzó á representar una de las diversas escenas del interesante drama compuesto por ellas.

Lanzó un suspiro ligero, después otro algo mayor, después un ¡ay! tan sentido que debió conmover al propio Colón en su alto pedestal, y á seguida se apoyó en uno de los árboles de la Castellana, como si fuera á desmayarse.

Los suspiros me interesaron, el ay me conmovió, y el indicado desmayo produjo en mi alma la mayor emoción. Creía entonces ¡inocente de mí! que sin el rápido auxilio que la presté hubiese caído al suelo.

Con sonrisa triste y amarga, y con voz entrecortada por el llanto, se apresuró á darme las gracias, y aún se dignó aceptar mi brazo hasta el café del Suizo en el que, merced á mis cariñosas instancias, tomó un refresco. Su conversación era encantadora, á pesar de la tristeza que encerraba la historia de su mísera existencia.

Viuda de un teniente muerto en Filipinas, con quien se casó por amor y á disgusto de su poderosa y rica familia, había quedado en la más terrible soledad, sujeta á una mezquina paga, ya que, por ser fiel á la memoria de su heroico esposo, nada quería pedir á sus padres del inmenso dote que la pertenecía.

—¡Qué amor tan puro! ¡Qué nobleza de sentimientos!

—Verdad. ¡Y pensar que todo esto era una mentira!

—¿Qué me dices?

—Una farsa. Temeroso yo de que el desmayo pudiera haber sido causado por la debilidad, pues, según ella me dijo, los manjares la repugnaban y para nada quería cuidar de una existencia que le era odiosa, la insté para que tomara algo en el *Restaurant de Fornos*, y aceptó, «por no desairar á un caballero á quien tantas atenciones debía».

Del restaurant, y ya con cierta confianza que parecía haberse establecido entre los dos, la acompañé hasta su casa, un hermoso cuarto de la calle de Preciados, en el que me invitó á descansar y... del que salí á la madrugada. Así continué visitándola unos días. Su amor sólo podía compararse con su desinterés.

Ni el más pequeño regalo quiso aceptar de mi mano.

Pero una mañana ¡mañana funesta! me encontré con una carta suya pidiéndome, con toda urgencia, dos mil pesetas «para salvar de un grave conflicto á una amiga suya».

Sin vacilar, y en el mismo sobre de la carta, como ella me indicaba, se las remití.

Decidido á saberlo que la ocurría, me vestí para salir, cuando llegó nuestro amigo Andrés Moncada, quien habiendo encontrado en la escalera á la doncella de la viuda, cuya visita había recibido en el mes anterior con una misiva igual, me contó una parecida historia á la que yo le relaté, sin otra diferencia que llamarse para él Margarita, la que para mí se nombraba Violeta, y ser viuda de un alto empleado de Hacienda en la Isla de Cuba, para él, la que para mí lo era de un teniente muerto en Filipinas.

Este descubrimiento nos hizo consultar á otros amigos, la mayoría de los cuales resultaron héroes de una igual ó parecida novela.

Tal es el tipo, el patrón de esas innumerables viudas que miras en la villa y corte y que explotan la credulidad de los hombres, que, digamos lo que queramos, jamás podremos competir en talento, en malicia, en inventiva con una mujer, por más ignorante que parezca. No sé si porque la explotación bajaba, ó si por conmover todavía más el corazón del hombre, estas viudas sospechosas que forman las *entrettenidas* de la capital, recorren las calles de algún tiempo á esta parte llevando de la mano un precioso niño, ó una linda niña, con elegante traje de luto, al que llenan de caricias y aún de lágrimas — ya sabes la facilidad con que las mujeres lloran, — delante del caballero que se han propuesto conquistar, porque, ¿qué hombre, por duro que sea, no se conmueve al ver una criatura de tan tierna edad, sin un padre cariñoso?

Y lo mejor del lance es que todas esas criaturas son alquiladas.

—¿Alquiladas?



—Sí, querido, sí, que á tanto llega el talento de la mujer. Alquiladas por un tanto al mes. De suerte que una mujer las da á luz, otra las explota, y un hombre las mantiene. ¡Quién sabe si en la cadena misteriosa de la vida ese hombre podrá ser el padre de aquella misma criatura á cuya madre abandonó y que, por caminos extraños, por sucesos increíbles, viene á recibir las caricias y el pan del autor de sus días, del mismo que anteriormente se lo negó? Pero qué más, si entre esas viudas se ha dado el caso rarísimo de encontrar un amigo nuestro, sin reconocerla, á la misma mujer á quien abandonó, y á la que diez años de separación habían convertido de una niña flaca y descolorida, aunque bonitilla, en una mujer alta, gruesa y hermosa, como una matrona romana.

He aquí porque yo, en medio de todo, perdono á estas «viudas sospechosas»; porque, como decía aquel duque á quien le censuraban por el respeto y el cariño con que saludaba á sus lacayos, respeto y cariño que reconocía por causa que alguno de ellos pudiera ser su padre, ignoro si alguna de ellas podrá haber sido una mujer inocente á la que habré robado el cariño de sus padres, el respeto de la sociedad, y el honor, que vale más que todo.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

Ilustraciones de V. BUIL.



## ¡CELOSA!

**L**EGÓ la hora del desfile.

Por los diversos caminos que conducen de la cima al llano bajaban los romeros, contentos y alegres, entonando las dulces canciones del país.

El descenso fué siempre más bullicioso que el ascenso; éste le verificaban separados, ahora un grupo, luego otro, según iban llegando de sus respectivos lugares á la base de la inmensa montaña, pero aquél era tan divertido como la misma romería.

Los senderos dan mil vueltas para facilitar la bajada, porque las laderas son tan pendientes que hacen imposible bajar en línea recta. Esta circunstancia obliga á seguir describiendo irregulares arcos. Entonces dan comienzo las bromas y las sátiras: éste se ha fijado en el cuchicheo misterioso de aquél con fulanita; el otro observa que zutanito no sigue á menganita, por lo que supone un rompimiento de relaciones; aquél cree que el de más allá fué más veces de la cuenta á la pila del agua negra y es fácil que se maree, mientras que los aludidos tienen que guardar la contestación para cuando los senderos vuelvan á aproximarse.

Y entre broma y broma, canto y canto, la multitud va bajando pausadamente; el santuario queda solo allá arriba, sobre la ancha meseta en que termina la empinada montaña, y el canto hiende el aire, se extiende por el espacio, y á lo lejos, el eco parece decir, con las últimas notas de la canción terminada: ¡Hasta el año que viene!



Ya llegan al llano los primeros, y otros y otros van llegando; algunos continúan su camino, otros esperan para reunirse con sus vecinos y seguir juntos.

Entre los que esperan, una pareja se separa.

—Estoy cansada,—dice ella,— voy á sentarme sobre la hierba.

—Yo también estoy rendido.

La joven parece preocupada y él, tomando una de sus manos, le dice:

—No debes preocuparte tanto por mi marcha; no estaremos muy distantes y ya sabes como dentro de cuatro meses vuelvo á verte. Por mi gusto no me iría; pero mi padre no quiere que siga en el pueblo, quiere que estudie y me ilustre. Luego el señor Cura todos los días está á vueltas en que si sigo aquí no seré nunca más que un aldeano rico, que él no puede instruirme más, que necesito ir á la ciudad. Has de ser razonable; nosotros no podemos evitar esta separación. Por otra parte la ciudad está próxima y hay fiestas que yo aprovecharé para venir á verte.

—Sí, tú hablas así porque no me quieres.

—¡Porque no te quiero! ¿has olvidado lo que te decía en la capilla, frente al Cristo, á quien ponía por testigo de mis palabras?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—¿Me quieres mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Por qué?

El joven se sorprendió; nunca le había hecho semejante pregunta.

El mismo ignoraba por qué la quería. La amaba; pero por qué... y para salir del apuro, pues la joven le miraba con insistencia, como repitiendo la pregunta, le contestó:

—Porque eres muy hermosa.

Se levantaron; llegaba la familia y era forzoso seguir la marcha.

\* \* \*

El sigue en la ciudad estudiando y ella piensa en la respuesta de su amado. Le quiere sin saber por qué; pero no por gallardo ni hermoso. Si fuera feo también le querría; si le descubriera algún defecto también le seguiría queriendo; mas él la quiere por hermosa y en la ciudad, ¡cuántas mujeres hermosas había!

Sabe por lo que ha oído, que las ciudadanas, lucen más por sus atavíos y éstas se lo arrebatarán, porque la quiere por hermosa. ¡Cuántas encontrará allí que lo son más que ella!

Y pensando en la maldita frase, siente celos, celos horribles que la martirizan, que destrozan su corazón enamorado, celos de todas las mujeres hermosas.

GIL DEL MAR

## EL ESTANQUE

(DE VÍCTOR HUGO)

El estanque y el hombre son semejantes,  
sobre la superficie la calma se halla  
con fulgores del cielo, limpios, brillantes;  
y en el fondo, entre el cieno, se dan batalla  
las pasiones reptiles  
sucios y viles.

A.....

Aunque á un floricultor le cause enojos,  
no fué una rosa del verjel florido  
quien púrpura prestó á tus labios rojos,  
que fué tu boca de coral partido  
la que dió tinte de rubí encendido  
á la gentil y perfumada rosa,  
que sobre campo de esmeralda posa.

Lima.

RICARDO PALMA



## EN LA TARDE

Como acero enrojecido  
en el crisol de la fragua,  
entre nubes transparentes  
se extiende brillante franja.

Es del sol la luz postrera,  
que en rojos rayos desmaya  
al cubrirse el horizonte  
de radiosas perlas blancas.

Y en este instante, soberbia  
cual del harem la sultana,  
pasa, entre visión de gloria,  
la que es luz en mis nostalgias.

Y ante su regia belleza  
las dulces brisas ensayan  
el himno de la ternura  
que arpegia el ave en la rama.

Y viene hacia mí, y su frente  
sobre mi pecho descansa,  
como blanca flor que inclina  
el tenue arrullo del aura.

Se estremece y nuestros labios  
se juntan y un beso estalla;  
y entre aromas y armonías  
estrecha el amor dos almas.

Luis MARTÍNEZ MARCOS

Sante Fe (Repúb. Argentina).

## EL PESCADOR

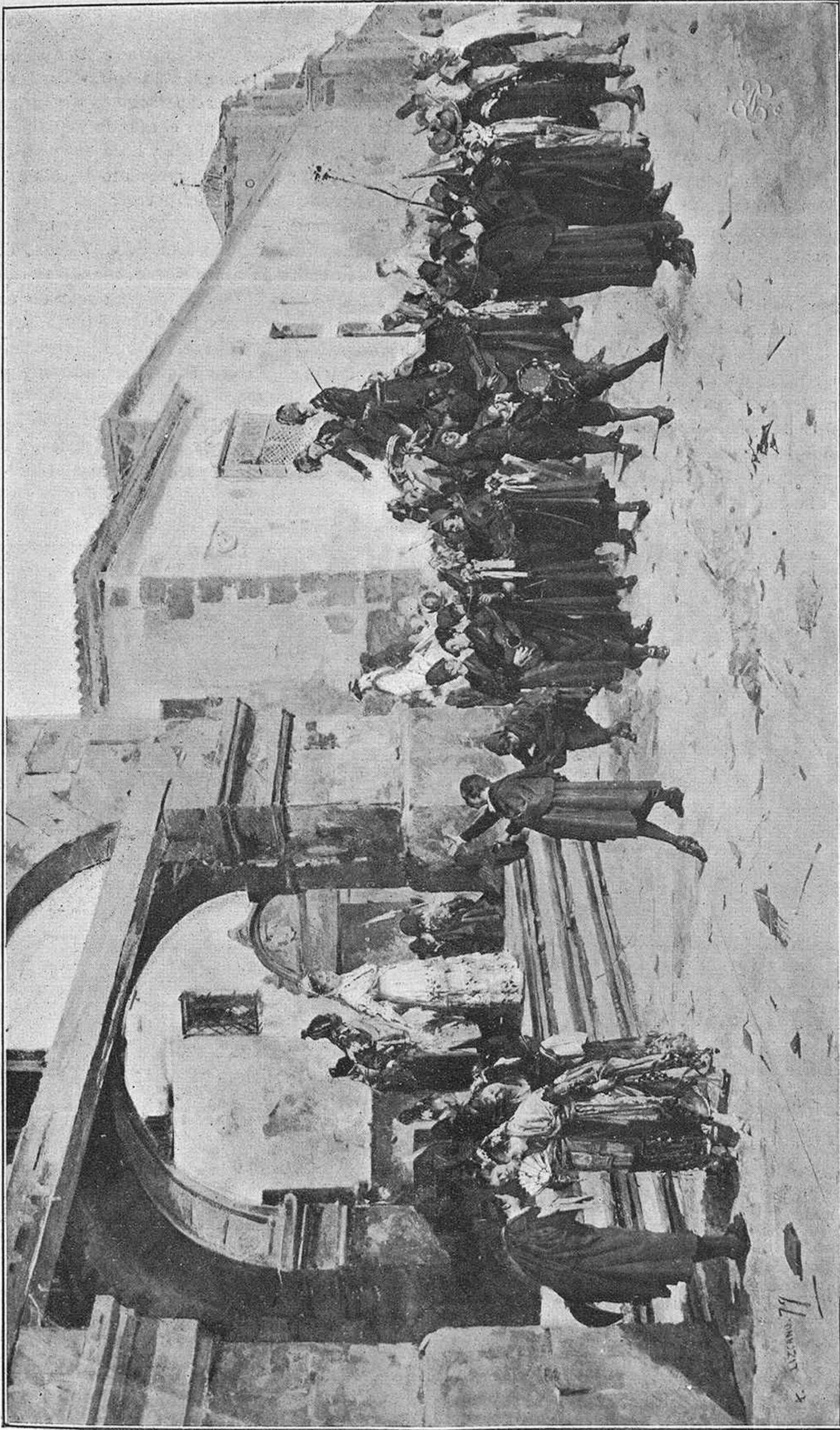
DE CORAL

*Al distinguido  
comerciante en Méjico*  
D. MANUEL MARTÍNEZ ZORRILLA

Un pescador de coral  
vió desde su barca un día  
á una mujer celestial,  
que con altivez marcial  
de un buque á bordo subía.  
Y maldiciendo su estrella,  
pues era su condición  
muy distinta de la de ella,  
sintió al mirar á la bella  
estallar su corazón.  
Si fuera rico, pensaba,  
la podría poseer;  
y el infeliz trabajaba  
y sus corales besaba  
antes de irlos á vender.  
Mas un día en que bajó  
como siempre á trabajar,  
entre el coral encontró  
á la hermosa, que se hundió  
á par que el buque en el mar.  
Y sin pararse á gemir  
abrazóse al cuerpo frío  
diciendo; voy á morir  
y así Dios nos podrá unir  
en la otra vida, bien mío.  
Mas ¡ay! que se equivocó,  
pues al quitarse la vida  
en los infiernos cayó,  
y ella á los cielos voló  
compadeciendo al suicida.  
EUGENIO P. DE HERRERA

Dibujo de R. COSTA.

A. LIZCANO



LA ESTUDIANTINA. — (Escenas de Carnaval).

Fot. de J. Laurent y C.<sup>a</sup> — Madrid.

# EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS

(FACETA).

**EL HOMBRE.** — El fakir de Dahaly, el que hace creer, por el solo poder de su mirada, la semilla que tardaría semanas en romper la tierra que la aprisiona, el que ha descubierto los arcanos todos de la naturaleza, me ha dicho que únicamente las Estrellas eran capaces de remediar mis desventuras. Por eso os he invocado; por eso me atrevo á preguntaros si os dignaréis calmar mis penas.

**LA ESTRELLA.** — Primero me has de explicar en qué consisten.

**EL HOMBRE.** — Los hombres, mis hermanos, me han reducido á la última miseria. Cuando vine al mundo, encontréme con que no había ya sitio para mí. Unos se habían apoderado de los bosques, otros de los campos, cuáles de los montes y valles; los más listos eran dueños del oro y de la plata; los más sabios se incautaron de la alegría y de la dicha. Vagué mucho tiempo por el mundo sin hallar nada de provecho. Topé un día con una gran caja muy bien [cerrada.

Creí haber conseguido mi fortuna. Dentro de la caja había guardados todos los dolores, todas las penas y miserias, todas las desesperaciones y amarguras que antes andaban sueltas por el mundo y que penetraron en mi espíritu. Desde el día y hora en que hice tan fatal hallazgo, no tengo un momento de calma. ¿No podréis hacer que mi tormento cese?

**LA ESTRELLA.** — En un punto habrá terminado. ¿Ves aquella montaña? Sube á su cima. Y cuando tus pies resbalen sobre la nieve eterna, cuando tu cabeza toque las nubes, entonces, por un acto de voluntad, esparces al aire todas las calamidades que en ti han hecho presa. Y la desesperación, el dolor, la pobreza y la miseria negra, caerán sobre el mundo y quedarán repartidas entre todos los hombres.

Y el desdichado siguió el consejo de la Estrella, y las desdichas se mezclaron á las alegrías, y un hombre sólo no soportó el peso de todas ellas.

\*\*\*



## LA DESGRACIA

**L**a toma de posesión de Laura, al amparo de la amistad íntima que les unía, era una verdadera indignidad, una villanía inexcusable, un crimen, — si existen crímenes en materia de amor.

Pero para aquel hombre joven, rico, nunca contrariado, sí que había crimen y nefando y punible con atreverse á despertar los deseos de la mujer que para sí reservaba.

Mala noche la que pasó cuando tuvo cabal conocimiento de la traición doble. Primero subió la sangre en oleadas á su cabeza y dentro de ella sentía rumor formidable. Hervían las malas pasiones amenazando romper sus paredes. Después se calmó el calor insoportable, el ruido molesto cesó del todo. Sereno ya, frío, tranquilo, si de tranquilidad podía gozar en tal situación, reflexionó. Y una cólera implacable, la que sobrecoge al vencido contra el vencedor, se apoderó de él. ¿Matarle como se mata á un perro? Tendría que comprar después á una cáfila de leguleyos

y corchetes; se enterarían de su delito y de la causa que lo concibió. Y eso era lo que no quería, lo que más le indignaba. ¿Pagar á un perdido que le sacara los hígados? También podía haber proceso. Lo ganaría; pero con vilipendio, con escándalo. ¿Un desafío? No. Era demasiado hombre para fiar á la suerte su vida en un caso de tal índole.

Precisábale algo nuevo, algo tremendo, alguna venganza no pensada por otro, algún refinamiento de

crueldad que pudiera atribuirse á casual desgracia, algo que le dejara satisfecho é indemne y le hiciera pagar al mal amigo la traición no esperada.

Sus instintos de hombre refinado y mundano batallaron largo trecho contra los impulsos de la cólera, del sedimento atávico que subía á la superficie de su sér para lanzarle en pleno dominio de la violencia. Y como siempre ocurre, el limo enturbió la corriente, el arrebató se sobrepuso á la razón y, á sí mismo se prometió una venganza que á sus propios ojos, que ante su conciencia le acreditara de listo y calmara de una vez la ira que le poseía.

Como todos los fuertes supo disimular y perseverar. Ni á la mujer amada ni al amigo echó en cara su traición. Durante unos meses, que le sirvieron de aguijón para fortalecerse más y más en su idea vengativa, continuó tratando á los dos como si nada supiera de lo que entre ellos mediaba. Un día, con un pretexto que parecía muy natural, que lo era, rompió toda relación con Laura. Continuó tratando como amigo al hombre que le engañara, al hombre que odiaba con el odio cordial que todos los seres mezquinos sienten hacia cualquiera superioridad. Nada le dijo, nada le dejó adivinar. Ni una noche dejaba de verle y á veces, cuando los vinos escogidos desataban las lenguas, cuando veía á su enemigo con el cutis rojo y abrigado, lleno de fuerza y vida, sentía deseos, verdadera ansia de apostrofarlo, de insultarlo, diciéndole al propio tiempo que no creyera en su impunidad, anunciándole que se acercaba la hora del castigo. Calló. No se evaporó en palabras su odio. Tan grande era, que fué paciente.

\* \* \*

Es indecible el cuidado con que educó á la formidable fiera. Horas, días, meses enteros pasó á su lado amansando su indómita crueldad, educando su inteligencia rudimentaria, alisando aquel vello hirsuto, áspero; acariciando los músculos acerados que bajo su mano parecían distenderse. La bestia llegó á quererle, pero con amor tan salvaje y exclusivo, con tan brutal cariño, que más de una vez peligró su propia existencia. Aquella educación era una fuente de placer, de regocijo, de nunca sentida alegría para Juan. Cuando delicadamente abría con su mano la boca del orangután hembra, se extasiaba ante sus dientes blancos, apretados, fortísimos, y acariciaba los formidables músculos que los ponían en movimiento; cuando su mano abría la mano callosa y larga y armada de tremendas uñas, se estremecía enloquecido pensando en el abrazo mortal, en la presa poderosa que debían tener aquellas manos y aquellas uñas. Y miraba y admiraba el pecho vastísimo, accidentado, con el mismo afán con que se mira la máquina que con su trabajo nos enriquece ó nos venga. Y al ver la ferocidad de los ojillos pardos que relucían como centellas bajo las espesas cejas, pensaba en los rayos que lanzarían cuando le miraran á él un instante antes de matarle.

#### HORRIBLE DESGRACIA

«Anoche, entre diez y once, ocurrió un drama tremendo en la calle Blanca.

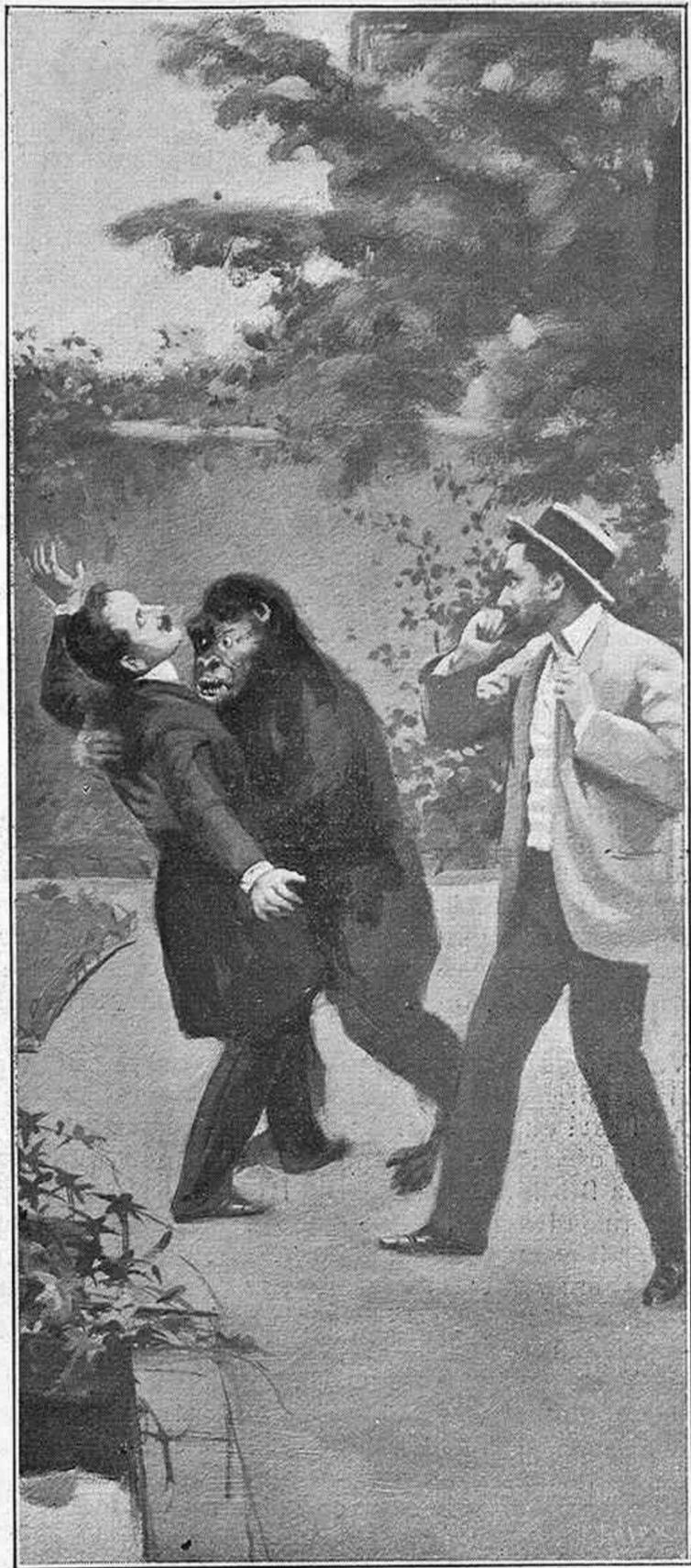
»Habita en el número 42 el acaudalado propietario y conocido político don Juan Veas, que tiene una casa puesta con todo el *confort* moderno.

»Hace algún tiempo, y por vía de distracción, había comprado dicho señor un orangután hembra de gran tamaño, que parecía domesticado por completo y al que, por regla general, dejaba suelto por el jardín, sin que tratara jamás de escaparse ni de hacer daño alguno.

»Ayer, con motivo de ser su santo, dejó don Juan en libertad á sus criados para que pudieran ir al teatro ó donde les placiera. Él mismo comió con un amigo, el que luego resultó víctima, en uno de los

restaurants elegantes. Después fueron á la casa y allí, sin que nadie pueda explicarse el motivo, ocurrió una escena tremenda.

»Enfurecido quizá porque le habían dejado aban-



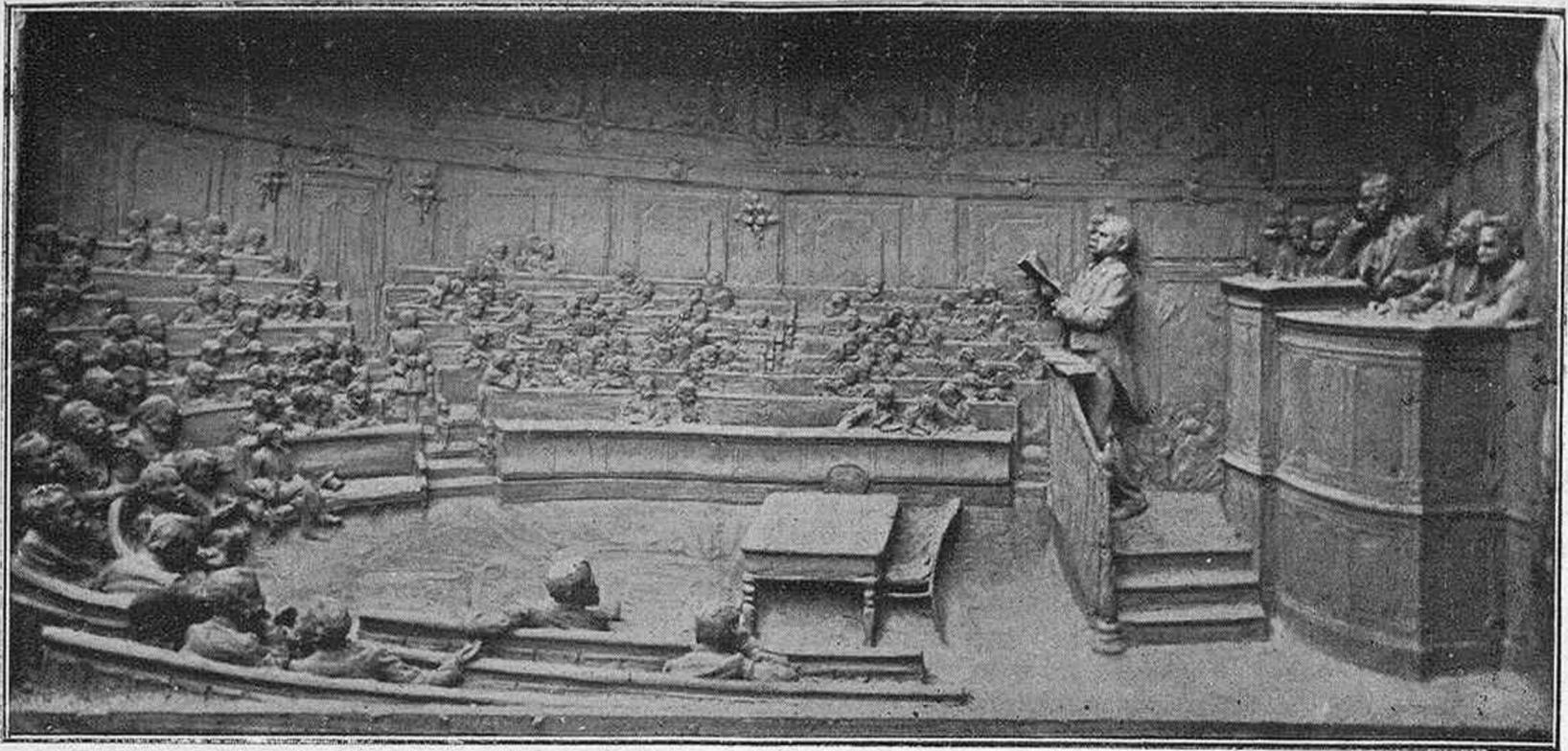
donado durante tantas horas, quizá excitado por la presencia de una persona desconocida, al poco rato de entrar ambos amigos en el jardín, abalanzóse el orangután sobre el amigo de su dueño y atrayéndole hacia sí con la fuerza irresistible de sus brazos le ahogó en breves instantes, apretándole contra su pecho.

»La víctima de esa desgracia, don Pedro Ygnaz, murió sin exhalar una queja, sin tener apenas tiempo de explicarse lo que ocurría. Su desconsolado amigo, que no llevaba ninguna arma consigo, trató en vano de hacer soltar su presa al enfurecido animal. Antes que pudiera valerse, los brazos del orangután se abrían y lanzaban sobre la arena una masa de carne que ya no era un hombre.

»Inútil es decir cuán penosa impresión ha causado tan terrible desgracia.»

A. RIERA

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



BAJO-RELIEVE DEL MONUMENTO Á MOYANO (Madrid); por A. QUEROL.

## MODERNISMO

MUCHOS de mis lectores (y conste que no los trato de ignorantes) habrán oído mil veces la palabra «modernismo» y no sabrán, de seguro, lo que tal palabra representa en el arte.

¿Es el progreso? ¿Es la degeneración?... Lo ignoro. Quédese para personas más inteligentes dar una contestación categórica á estas preguntas. Yo, á fuer de hombre galante, voy á presentar á mis lectores á uno de los prosélitos del *algebrismo literario*.

¿Habéis visto pasar por vuestro lado un sujeto con cara fúnebre, despeinada melena, caída á un lado el ala del sombrero, largas como la melena las mangas del gabán y corto exageradamente el pantalón? ¿Os fijásteis si pendía de sus labios una enorme pipa? ¿Predominaba el *verde* en alguna de las prendas que vestía?... ¿Sí? Pues era un modernista. Le conozco.

Venid á su casa y veamos lo que en casa es el tipo de pantalón corto y larga melena, que habéis encontrado en el paseo.

Aún está en la cama. Acaba de despertarse hace un momento.

¿Véis ese libro que tiene en las manos y que devora con la mirada? Pues no es la «Guía del católico» ni la «Sagrada Biblia», es «Gris» de Ruben Darío.

Ahora se levanta; se viste como los demás hombres, porque no puede ponerse las botas antes que los calcetines; se lava en agua de *crisantemas*, por ser mengua para un *decadente* bañarse en agua de *Dos rius* ó aún en *agua de rosas*; enciende la pipa, se remanga el pantalón y se dirige al despacho con paso grave y mirada altiva.

—¿Esa es una mesa de despacho?—me figuro que vais á preguntarme apenas estemos junto á ella.

—¡Sí, señores!

—¿Y ese cacharro tan ordinario que está á la derecha de la carpeta?

—Ese puchero de Alcorcón que tanto os extraña, no es más que el tintero.

—¿Y esas plumas tan pintorreadas... esa quijada de rocín...?

—Las plumas, son plumas de lorito; los modernistas no usan otras. La quijada, que hace el oficio de pisapapeles, es un simple capricho decorativo.

—Pero, ¿y esos...?

—¡Chitón! Ya entra nuestro tipo en sus funciones.

Ved con qué majestuosidad ocupa el sitial. Reparad con qué pausa toma tinta del puchero que tanto os llamaba la atención.

Miradle; da una fuerte chupada á la enorme pipa que pende de sus labios; se peina con los dedos la melena y escribe, hojeando á cada instante el Diccionario de ideas afines:

### TRISTE OBICE — IDILIO PRE-RAFAELISTA

«Adonis. —¿Qué tienes, muñeca? ¿Qué mutación acaba de operarse en tu ánima de Virgen?... No quieras ocultarme nada. Deja escapar esa confesión que estoy viendo titubear en la deliciosa involuta de tus labios de escarlata... ¡Una palabra señera! ¡Una insinuación!... Algo que, con inundación de relámpago, me permita siquiera columbrar el extremo del hilo mágico de tu débil angustia, en las tinieblas de mi ansiedad inenarrable.

¿Qué tienes, muñeca? ¿Por qué tus ojos, en cuyas córneas de mar en calma bogaba tranquila, no ha mucho, mi ventura, se mueven remedando succiones de vorágines diminutas?... ¿No escintilaban ayer cuando escuchabas arrobada mis frases de amor? ¿Por qué veo, entonces, trocado su brillo virginal en exóticas viscosidades, siendo yo el mismo amante ático de ayer...»

Hace un instante jugabas alegre con tus amigas; luego noté que musitaban á tu oído no sé qué declaraciones que te hicieron perder el color...

¿Qué te han dicho, muñeca?...

Elisenda (*lloriqueando*). —¡Que el amor es falaz!

Nuestro hombre da una fuerte chupada á la enorme pipa; se peina con los dedos la melena y... se queda tan fresco.

A HERNÁNDEZ Y CID



—¡Anda con eso! ¡Hom-  
bres como el Marrancillo es  
lo qu'hacen falta!



—¡Vaya con la regeneración! ¡Como  
le dé por regenerarse al viejo Duque,  
me he lucido!



—Me paese que como la  
emprendan por ahí... ¡Adiós  
nuestro arte!...



—¡Que se lleve á cabo! ¡Así  
tendremos Ejército! Lo malo  
es que, según tengo entendido,  
pretenden decirnos á nosotros  
dos palabreas...

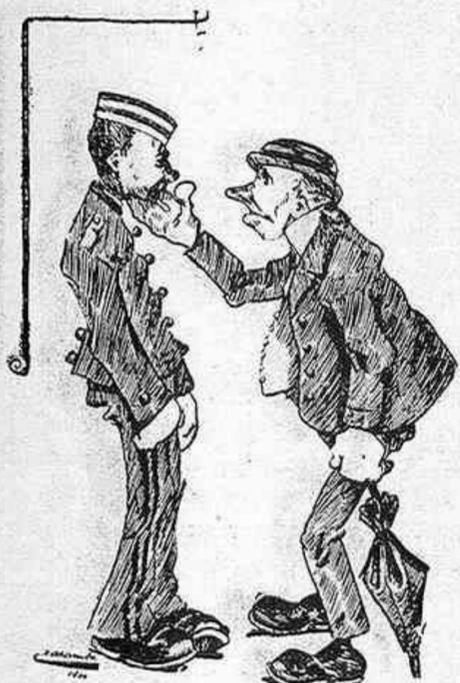


—¡Viva la riginaración! ¡Viva el  
servicio militar ombligatorio! ¡No van  
á ser pesetas las que vó á ganar con  
las guardias que haga por los seño-  
ritos!



—¡Que venga cuanto antes,  
Santo Dios, y que nos paguen  
á los maestros! ¡Regeneración  
y... garbanzos!

MISCELÁNEA; por CARAMBA.



—Eso es el *menisterio* ¿sabes  
hijo? el alojamiento del *menis-  
tro*, pero como no tiene patrón,  
no es alojamiento ¿entiendes  
hijo?



—La cuarta plana de ese periódico  
se parece mucho á mí.  
—¿En qué? mujer.  
—Pues en que, como siempre es la  
misma, nunca la miras.



—Te llevas 12 duros y tres  
reales. ¡Veremos que gastos  
extraordinarios tienes esta no-  
chel!...

The poster is a black and white illustration in a stylized, Art Deco-influenced manner. At the top, the word "NOVISSIMA" is written in a large, ornate, serif font. Below the title, a woman in a dark, sleeveless dress is seated in a chair, reading a large open book. She has her hair styled in an updo. Behind her, a man in a dark suit and white shirt stands, looking towards her. To the right, another man in a dark suit and white shirt stands, looking towards the woman. The background is dark with some faint, decorative lines. In the bottom left corner, there is a small circular logo with a figure. In the bottom right corner, there is a small rectangular logo with a figure. The text at the bottom of the poster is as follows:

**NOVISSIMA**

**ALBO ANNUALE  
D'ARTE E VARIETÀ**

SUPERBA EDIZIONE - 100 TAVOLE -  
DISEGNI DEI MAGGIORI ARTISTI  
TESTO DI EMINENTI SCRITTORI

**MILANO**  
VIA DANTE N. 15

L. 3.<sup>50</sup>  
LA PIÙ RICCA PUBBLICAZIONE D'ITALIA IN VENDITA DA TUTTI I LIBRAI